

FRANCISCO ALCAYDE VILAR

El motivo de este recuerdo escrito ha sido la invitación del amigo y catedrático don Felipe María Garín. Motivo suficiente para intentar reducir a expresión escrita lo que para mí es sublime y, por lo mismo, imposible de ser encerrado en ninguna clase de signos. Sólo mi alma, que por ser en mucha parte reflejo de la suya se le semeja, podría ser un testimonio —armonía silenciosa— de la persona buena y profunda que es mi padre.

Digo es porque mi padre permanece en todas las cosas a las que él infundió vida, circundándolas con su cariño, y en todas las personas a las que hizo bien con su palabra oportuna y profunda.

No estriba la dificultad de escribir sobre mi padre tan sólo en reducir a signos lo que es inefable, sino también en su propia personalidad, que, como sinfonía wagneriana, no tiene límites ni figura determinada. No obstante, en homenaje a él y como gratitud a sus amigos, intentaré un esbozo, que tendrá el signo balbuciente de todo esfuerzo imposible.

Su personalidad, eminentemente humana, estaba orlada de una complejidad barroca y gótica, a la vez, que, mantenida sobre pilares de sencillez clásica, abarcaba desde la belleza de la filosofía socrática hasta la delicadeza de los maestros del *quattrocento*, con visos del *poverello* de Asís, con ternuras contenidas del Angélico.

Su amplia y profunda cultura recibida desde pequeño —doce años tenía—, cuando le enviaron a Perpiñán a cursar el bachillerato francés. Comentaba con frecuencia que aprendió antes a expresarse con perfección en francés que en español. Continuó recibiendo en el valenciano Instituto Luis Vives, donde cursó a la vez las especialidades de Ciencias y Letras, ambas con premio extraordinario. Siempre guardó recuerdo agradecido de los que fueron sus primeras maestras. Posteriormente, trasladada la familia a Madrid, estudió la carrera de Ciencias Exactas, hasta el día que, por circunstancias fortuitas, encontró su verdadera vocación en una conferencia del doctor Bonilla y Sanmartín, cursando desde entonces la carrera de Filosofía pura, con el mismo Bonilla, Besteiro, Ortega, siendo discípulo aventajado, cuando en la especialidad estudiaban cinco alumnos. Terminada la carrera, fue nombrado por el mismo Ortega auxiliar suyo, con el que realizó un estudio detenido —durante más de dos años— sobre la crítica de la razón pura de Kant. Su tesis doctoral, *Las emociones como enlace entre el alma y el cuerpo*, fue traducida al francés y al italiano, ya que en el mundo intelectual se adivinaba en ella un

anticipo de muchos estudios posteriores de psicología. La cátedra, ganada por oposición libre entre doctores, la ejerció en las Universidades de Santiago, Zaragoza —donde cursó la carrera de Leyes—, Salamanca —escenario que le inspiró su estudio psicológico sobre «Psicología del alma charra», discurso de apertura de curso en esta Universidad 1929-1930—. Pasó, dos años más tarde, a la Universidad de Granada, y posteriormente, a Valencia, cumbre y afán de su vida. En nuestra Universidad fundó el Seminario de Pedagogía, desde donde fomentó el estudio y la publicación de las obras del maestro Luis Vives. Fue en ella decano durante más de veinte años y decano honorario hasta su muerte. Distinción que llenó su alma de orgullo y alegría, tanto por su significado académico como por ser remate áureo de su labor pedagógica en la Universidad valentina; por ser reconocimiento de gratitud de compañeros y alumnos, de la entrega que, sin advertirlo, había prodigado a través de su vida, proyectada a través de su humanidad profunda y bondadosa, comprensiva y sencilla. Todas estas manifestaciones se reunían en un solo nombre por el que todos le conocían: *don Paco*. Don Paco era el maestro comprensivo que dialogaba con el alumno, porque intentaba profundizar en su vida, sin pretender jamás formar camarilla de adeptos, porque iba sembrando, sin advertirlo siquiera, descuidadamente, su humanidad bondadosa. Por eso, al verse orlado con el título de decano honorario, floreció en él el asombro ingenuo a la par que el orgullo satisfecho.

Pero lo complejo de su personalidad no sólo desbordaba su labor académica, que siempre puso al servicio de su humanidad. Nunca olvidó el servicio a que le obligaba su cultura, pero nunca se supeditó a ella. Estaba por encima de la ciencia porque había logrado la *libertad*, que le permitía señorear cuanto le enriquecía. Su misma tesis doctoral, estudio profundamente científico, estaba basada en la sensibilidad humana a través de las pasiones: el orgullo, la pereza, el amor, los celos.

Esta sensibilidad que le caracterizaba enriquecía su sentido musical. Varias veces, escuchando un concierto, me ha hecho advertir el fallo de la nota de un instrumento. Toda manifestación musical encontraba eco en su alma. De su admiración por la música y sus creadores nos habla don Leopoldo Querol, a quien siempre unió una admiración y cariño de hermano: «La noticia de su fallecimiento me ha sumido en una pena muy honda, pues sentía por él un verdadero cariño fraterno. He perdido con su desaparición a

un admirador incondicional y a un amigo insustituible» (carta de pésame de don Leopoldo Querol). La misma naturaleza era para él un conjunto musical que encontraba eco en su alma profunda. Recojo unas líneas de un artículo dedicado al alcalde de Liria con



motivo de un festival de dicha ciudad: «Después de un festival de música toda Liria queda envuelta, impregnada, embrujada con el armónico silencio (silencio sonoro) que nos ha dejado al terminar el sublime encanto de la música. En ese silencio misterioso cada uno siente y oye en su interior el ritmo y melodía de alguna estrofa musical que ha logrado adueñarse de su corazón. En las noches claras y serenas, la contemplación del infinito cielo estrellado nos ofrece una armonía inédita que nos da a conocer la grandeza del universo y nuestra sublime pequeñez, capaz de llevar dentro de su espíritu la grandeza infinita. Cada una de las estrellas que vemos son las notas

musicales que con su ritmo y armonía en movimiento continuo y en silencio forman la armonía más grande que podamos imaginar. Es la sonata de todos los millones de soles que forman la inmensidad del universo.» (Artículo publicado en *Las Provincias* el 11 de abril de 1969.)

Pero quizás uno de los aspectos menos conocidos de su personalidad sea el de su capacidad de captación estética en la interpretación arquitectónica centrada en los monumentos y edificios de su querida ciudad natal. Me siento incapaz de resumir esta faceta y por ello me veo obligada a transcribir parte de su discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes de San Carlos, que versó sobre la arquitectura valenciana:

«Las obras maestras de la arquitectura forman parte esencial de una ciudad, sin ellas la ciudad dejaría de ser lo que es. Al contemplar un día y otro los viejos y nobles monumentos vamos recibiendo impresiones estéticas que, al olvidarse, no se aniquilan, sino que quedan en nuestro subconsciente como un fondo emocional que, fusionado con otras emociones olvidadas, forman el ambiente sentimental íntimo de cada persona en el que quedarán empapadas todas las futuras fluctuaciones de nuestra alma. Los viejos edificios tradicionales crean el paisaje urbano, como las crestas de ciertas montañas determinan el paisaje rústico; tan familiarizado está el campesino con los accidentes naturales típicos de su país como lo está el ciudadano con los monumentos artísticos de su ciudad natal, a los que considera casi como fenómenos naturales que siempre han existido. A esto se debe sin duda el olvido en que se tiene a los arquitectos, creadores de tan bellas obras. Por eso las obras de arquitectura, la más generosa de las artes y tal vez la madre de todas ellas, las tiene el pueblo casi por obras de la naturaleza. Considerada de esta manera ingenua, todo el mundo aparece como una construcción arquitectónica de belleza grandiosa y solemne, y esta concepción origina la idea pagana de considerar a Dios como el gran arquitecto que ha creado las montañas y los valles y los ríos y los lagos y los mares, lo mismo que los arquitectos han hecho las pirámides de Egipto. De esta concepción pagana surge la idea de que todo el mundo es el pensamiento de Dios materializado para hacerlo sensible a los hombres, así como las obras arquitectónicas son el pensamiento de los arquitectos expresado en piedra o cemento.

»Porque nuestra Lonja, nuestra torre de Santa Catalina, nuestro *Micalet*, nuestras torres de Serranos, nuestro palacio de la Generalidad no han existido siempre; antes de estar ahí donde las vemos, estuvieron en la inteligencia de un arquitecto —su creador—, en donde nacieron y existieron por primera vez sólo para emocionar a su creador. Esos edificios que hoy contemplamos admirados son en realidad el alma de Valencia materializada. Su conjunto

es la tradición artística valenciana petrificada. Nuestras grandes construcciones arquitectónicas tradicionales son tan valencianas como lo es nuestra personalidad valenciana. Esto no lo perciben mis paisanos: ocurre como con el acento o la música de un idioma: los que lo hablan desde niños, no lo advierten. Nuestra Lonja, tan perfecta, tan precisa de líneas llenas de gracia y gravedad, es tan valenciana como la iglesia de los Santos Juanes, tan imprecisa, tan ondulante de líneas rotas y quebradas; como nuestro *Micalet*, que espera siglo tras siglo su remate para mostrarse en toda su esbeltez y espiritualidad ojival, como lo es nuestra maravillosa torre de Santa Catalina, reunión de la graciosa vitalidad barroca y el ímpetu ascensional; como las torres de Serranos, que por lo perfectas parecen la soberbia ampliación en piedra de una delicada y preciosa talla en madera para adornar un lujoso salón; fortaleza que fue hecha con tal arte como para vencer a los enemigos a fuerza de belleza. Todos estos monumentos forman nuestra tradición arquitectónica, que se presenta desde muy antiguo en dos manifestaciones igualmente magníficas: el gótico y el barroco. Escuela que prueba la grandeza de los arquitectos valencianos, olvidados por el mismo pueblo a quienes ellos simbolizaron con tanto sentimiento y poesía en estas maravillosas creaciones.»

Pero esta capacidad estética arquitectónica no se limitó nunca a una admiración estática, fue en él vida, al unísono con su ciudad. Ahí queda el grito sereno y dolorido por la torre de San Bartolomé:

Aunque te vea humillada,
siempre te recordaré
como torre destronada
la de San Bartolomé!

Verso que pone prólogo a un artículo sobre el tema y que él guardaba con cariño de reliquia con una nota marginal que dice: «Artículo que hizo llover al gran valenciano Salvador Ferrandis Luna.»

Las torres le atraían por su simbolismo, del que trata en el mismo artículo: «Es la torre la manifestación externa, la expresión generosa de todo lo que en el templo sucede. Todo lo expresa la torre por medio de la voz de sus campanas, que toma todas las modalidades sentimentales adecuadas para ponerse en contacto con sus feligreses. Pero la torre no sólo es esto, las torres no sólo parecen oraciones petrificadas, como dijo el maravilloso poeta catalán, sino que en realidad son auténticas oraciones petrificadas que se proyectan en su ímpetu ascensional hacia el cielo. Son en verdad filosófica la materialización del conjunto de súplicas, plegarias, alabanzas dirigidas por los fieles al Señor.»

Su convivencia con los edificios de la gran ciudad le hacían sentir al unísono con ellos. La torre destronada de San Bartolomé. El anhelo por ver acabado el proyecto secular del *Micalet*: «Sueños de grandeza de una torre», denominó el artículo en que, con len-

guaje poético, hacía decir al *Micalet*: «Me dijo que está avergonzada porque ella debe expresar la fe y el orgullo de la ciudad y no debe haber otro edificio más alto. Ya que la ciudad ha crecido, ella quiere también crecer, y me estuvo pidiendo que diga a todos los valencianos que por orgullo ciudadano tienen que rematar de manera digna la parte superior que estuvo proyectada y que aún no se ha realizado.» (Artículo en *Levante*.)

La semejanza y diferencia de las dos torres hermanas: Santa Catalina y el *Micalet*, le arrancaron comentarios como el publicado en *Levante* en noviembre de 1954: «Nuestra torre, el campanario de nuestra iglesia mayor, es única y sola y siempre lo ha sido. Esto deriva de que nuestra catedral no se ha construido de una sola vez, ni sometiéndose a un plan único, concebido y proyectado por un solo arquitecto, sino que se ha construido por partes, con el esfuerzo e iniciativa y el gusto de sucesivas generaciones, y por ello mismo nuestro primer templo es inclasificable en un estilo preciso de arte determinado. El obispo don Jaime de Aragón levantó fuera y separado del templo el célebre campanario del *Micalet*, que tantos valores sentimentales ha sabido conquistar. Antes de terminado éste, también se labró el luminoso cimborrio, maravillosa filigrana del arte gótico. Nuestra torre simbólica nació sola, como centinela permanente de su iglesia y de su ciudad. Pero cuando cumplía doscientos ochenta años, vio surgir, como un milagro, por encima de los tejados de las casas circundantes, la cumbre encantadora, atractiva y femenina de otra torre, la de Santa Catalina, la más bella torre de España. Esta cumbre, con su belleza barroca, resplandeciente de belleza y gracia, iluminada todos los días por los primeros rayos de sol, que la convierten en torre de oro; acariciada varias veces al mes por la suave luz de la luna, cuyos blancos y melancólicos rayos son delicados instrumentos de invisibles orfebres que la convierten en primorosa obra de orfebrería, produjo en el alma del solitario *Micalet* dos sentimientos que se funden y se completan. Uno de admiración, puesto que él tiene un remate horrendo, y derivado de ése, otro sentimiento, de amor a la torre, tan bella, ondulante y femenina. *Micalet* y Santa Catalina recuerdan los amores de las palmeras, "de las pobres palmeras, que, separadas, se miran silenciosas y enamoradas".»

Siempre pensaba en su ciudad de Valencia como en la novia entrañable a quien poder regalar. Su artículo titulado «Los secretos de la torre» lo afirma al soñar con una plaza grande de la Reina en la cual cupiesen las dos torres —*Micalet* y Santa Catalina—: «Yo también, como ella, como tantos y tantos buenos valencianos, he imaginado la grandeza que tendría la plaza de la Reina con la solemne majestuosidad de las dos torres próceres en dos de sus ángulos y la severa fachada de piedra, bronceada por los siglos, de la catedral, con su grandiosa puerta barroca. No habría plaza tan bella y majestuosa en



España. Así como un enamorado, al ver una joya, dice pensando en su novia: ¡Qué guapa estaría con esta joya!; yo, pensando en mi Valencia, digo: "Qué guapa estaría mi ciudad con esta joya soberbia que podría ser la plaza de la Reina, tal como la deseamos la torre de Santa Catalina, el *Micalet* y yo."

Las torres de Serranos fueron motivo de varias «meditaciones» que se recogieron en tres artículos publicados en *Levante*. En ellas triunfa su sentido artístico sobre todo utilitarismo: «En aquellos tiempos el arte no podía estar ausente de ninguna manifestación vital y, por lo tanto, no podía faltar de un edificio destinado a la milicia. Esa asociación necesaria entonces y que ahora parece absurda es la que ha salvado la vida de estas torres, pues las hemos conservado no por su utilidad, sino por su valor artístico. En este caso el arte ha salvado el edificio militar, haciendo que un edificio guerrero se conserve como una joya artística en medio de la actual cultura.» «Si las torres de Serranos han perdido su valor militar y su valor civil como separación del campo y la ciudad, las conservamos sólo por su valor artístico. Es el arte lo eterno, el valor máximo que perdura y sobrevive a todo utilitarismo. Hoy en día son las torres de Serranos el magnífico arco de triunfo con que Valencia acoge a todos los artistas que a ella llegan atraídos por su fama de ciudad del arte.»

Pero allí donde quiere ver el alma toda de la ciudad es en el palacio de la Generalidad. Con motivo de la terminación del palacio, escribió varios artículos, en los que expresa sus sentimientos: «¿Qué tiene este monumento de peculiar y de personal? Es algo de lo que carecen los demás y por eso nos impresiona como ningún otro. No es su belleza ni su gracia, ni su robustez, ni su magnificencia, ni su riqueza, ni su tamaño. Tampoco lo es el color de su piedra tostada por el sol naciente, ni las variadísimas puertas talladas, ni sus riquísimos artesonados, únicos en alarde de tallas y dorados. Con todo ello no sería un edificio impar. Ya he dicho que tiene alma y tiene cuerpo. Sólo al filósofo se le muestra en su realidad impar. A mí se me ha presentado con toda su realidad y pureza íntegramente, sin velos, tal cual ella es en sí. Y al ponerme en contacto con ella me he emocionado, me he conmovido, me he deslumbrado. Y esto ¿por qué? Sencillamente porque el alma de este palacio es el alma de Valencia. En esto estriba la grandeza de este palacio, en que se cobija tal alma. No hay otro, ni puede haberlo, que tenga por alma la propia alma del país valenciano, del antiguo Reino de Valencia. Es verdad que muchos edificios también tienen alma, pero esas almas representan parte de la vida total, representan al comercio, a lo militar, a lo religioso, a la nobleza, pero el alma de este palacio es distinta a todas ellas: es el alma del país valenciano.» «Este palacio es cuna de nuestras libertades forales, arca de salvación de nuestra lengua vernácu-

la, casa solariega del Reino de Valencia. En las épocas en que el espíritu valenciano ha estado más amortiguado también ha sido abandonado el palacio. En el tiempo en que parecía muerto para siempre el amor a nuestros fueros, a nuestra región, a nuestra lengua, también estuvo como muerto nuestro palacio y se le destinó a audiencia.»

También el Turia y sus magníficos puentes fueron objeto de su contemplación fecunda y agradecida. «La contemplación del río al pasar por la ciudad se presta a muchos comentarios. Lo que más sorprende es la monstruosa desproporción entre el raquitismo del río y la grandiosidad de sus pretilos y puentes. La explicación es que el Turia es un río que lo da todo a su país; todo lo que tiene, que es su caudal, que es un tesoro para hacer de las llanuras circundantes huertas y jardines ricos y famosos en el mundo entero. Consecuencia de esta fertilidad es la riqueza que ha creado, la gran ciudad en la que desemboca de manera bochornosa y afrentosa para un río; arruinado y convertido en paradoja; expuesto a burlas y desdenes. En este sentido es el río Turia padre de nuestra huerta y ciudad, que viene a morir pobre y destronado entre sus hijos. Sus hijos opulentos, ricos y famosos gracias a su ruina como río. Por eso nosotros, al verle cruzar nuestra ciudad, seco, exhausto, derrotado, le tratamos con todos los honores, homenajes y reverencias debidos a un gran señor rico y poderoso. Todo este gran lujo y derroche de puentes y pretilos no significa locura, sino consideración de hijos agradecidos al padre arruinado por engrandecer a los hijos. Es el homenaje que Valencia tributa a su río cuando viene a morir entre nosotros. Por eso le acogemos como si aún fuese río caudaloso y con soberbios puentes le encubramos.» (Artículo en *Levante*.)

En su descripción y admiración de Valencia no podía faltar su devoción ferviente por la Patrona, donde pasó muchas de sus horas en muda y sabrosa contemplación, de la que pueden ser buenas muestras algunos de sus artículos publicados en *Matei Desertorum*: «Yo, como valenciano de pura cepa, paso muchas horas en la capilla contemplando extasiado a la *Mare de Déu* y presenciando el desfile constante de devotos que colocan sus cirios en los enormes candelabros. Este desfile impresionante, casi místico, silencioso y pausado, afecta mi corazón en dos aspectos. Es el primero el de fortalecer mi fe, haciéndola más viva. Una multitud de cristianos que forman un conjunto espiritual, por su grandeza y majestad, alienta a los débiles y da claridades de certeza a los que dudan. Es el segundo el conjunto de cirios encendidos en los altos candelabros de metal, que representan la reunión de emociones y estados sentimentales que congregan y fusionan. Observando como filósofo ese conjunto de lucecitas trémulas en los candelabros me siento fortificado en mi fe y recreado por la alegría íntima al pensar en la cantidad

de males de los que me veo libre en esta hora. Nace entonces en mi alma la gratitud y, lleno de amor, pongo mi candela encendida, lucecita temblorosa que representa mi corazón feliz, siendo una de tantas cuya reunión forma, a los pies de la Virgen, el con-

junto emocional de miles de almas conmovidas por la misma fe.»

Como ramillete puesto a los pies de la Virgen, surgieron en él estos versos, que bien podrían ser el resumen de su admiración por Valencia:

Tres lugares dominantes
tiene mi amada Valencia:
la escollera de Levante,
para ver la omnipotencia
y la inmensidad del mar.
Las colinas circundantes,
para admirar la potencia
de nuestra huerta sin par.
Y el *Micalet*, en su altura,
nos ofrece la ventura
del conjunto contemplar:
su ciudad, su huerta y mar.
Desear más todavía
es ya deseo de un loco,
pues, por si esto fuera poco,
más grandeza y alegría
tiene la gran ciudad mía:
la capilla valenciana,
llena de placer sereno,
de la Virgen soberana,
para asomarnos al cielo.

ROSARIO ALCAYDE MIRANDA